



Gloria Dieguez Dieguez, 76 años.
Ana Martínez Ortiz de Zárate, 22 años.

Una niña mayor

Hay veces que la edad no se corresponde con el espíritu de la persona. Es el caso de Gloria que tiene 76 años pero su espíritu es casi adolescente. Y es que resulta muy difícil contactar y quedar con ella ya que como me comentó su hija por teléfono “no para en casa”. Su sueño actual es viajar a Cuba lo que corrobora su enorme vitalidad. Cuando quedamos, Gloria viene de sus clases de gimnasia y acaba de volver de sus vacaciones de Semana Santa en Benidorm. Sonríe mucho y se la nota feliz. Simplemente deseas de mayor poder vivir así y conservar la juventud como ella lo ha hecho. Sus secretos: no perder nunca la ilusión y tener fuerza de voluntad. Sin embargo a Gloria le ha tocado vivir una época muy dura, la Guerra Civil española, la posguerra, la pobreza, el hambre, el duro trabajo en el campo. Situaciones que actualmente son inimaginables para cualquier joven y que para Gloria no supusieron ningún impedimento para que, actualmente, se declare feliz y satisfecha con toda su vida.

Gloria nació en una pequeña aldea de Galicia y ahora vive en Madrid desde hace 25 pero todavía conserva un fuerte acento ya que sigue hablando en la intimidad gallego. Se vino a Madrid para dar una educación mejor a sus dos hijos haciendo realidad su sueño. Y es que no quiso que sus hijos fueran unos ignorantes como reconoce que ha sido ella y cuenta con vergüenza, mientras se tapa la cara, que hasta bien mayor pensaba que los niños salían por el ombligo o creía rumores como que si comía dos higos juntos podía quedarse embarazada. Habla de su marido, de sus hijos y nietas con un enorme cariño y se nota que está muy orgullosa de todos ellos. Seguramente sea ella el motor de su familia. Como esas mujeres que han sacrificado su vida por su familia, pero con agrado, sin ningún egoísmo, siendo feliz viendo a los suyos felices. Disfrutando como una niña cuando por las tardes se va a bailar con sus amigos. Viviendo una nueva adolescencia que no pudo disfrutar plenamente cuando fue adolescente debido a la mala situación en la que se encontraba su familia. Es hora de que su historia sea difundida y me alegro de que la encargada de darla a conocer sea yo.

A Gloria le hubiera gustado estudiar pero reconoce que fue poco al colegio y que en él nada aprendió porque la maestra “ni las cuatros reglas sabía”. Lo único que ha aprendido es gracias a su padre. Su verdadero sueño era ser artista. Dice que la llamaban para que recitara versos y me lo demuestra recitando muy emotivamente uno completo sobre la virgen. Incluso el sacerdote del pueblo le ofreció a su padre pagarle la mitad del dinero necesario para que estudiara para ser artista pero su padre no lo consistió porque entonces las artistas eran mujeres con muy mala fama. Todavía se emociona cuando narra cómo sin tener absolutamente nada su marido y ella se casaron. Cómo no le besó hasta el día de la boda porque le daba mucha vergüenza. Todavía no sabe explicar por qué su marido se enamoró de ella si muchas chicas “andaban” detrás de él. Explica cómo se instalaron en una casa en la que su marido tuvo que hacer todo su interior, cómo su marido se colocó en montajes industriales pero seguía trabajando cuando volvía del trabajo, cómo apenas dormía tres horas al día. Una vida muy dura pero muy feliz. Dice que un día cuando ya había tenido a sus dos hijos, de repente, fue consciente de lo feliz que era. “No merezco esta felicidad que Dios me ha dado”, pensaba. Y su sonrisa invade toda su cara. Cuesta creer que una persona que ha pasado tantas penurias sea consciente, y lo diga, de lo feliz que es en su vida, de la suerte que ha tenido. Además, sorprende esta afirmación



porque cada vez pedimos más cosas a la vida y al no poder conseguir todas nos sentimos frustrados. Esta mentalidad, típica de los jóvenes actuales, es errónea. Te das cuenta cuando hablas con gente como Gloria que simplemente se dedica a vivir y a sentirse afortunada por este hecho.

Galicia, su tierra de Meigas. Para corroborar este estereotipo que provoca su ciudad me explica un hecho muy curioso. De esas leyendas que se cuentan en las pequeñas aldeas pero que Gloria me asegura que vivió en primera persona. "Fue una realidad, me ocurrió a mí", me repite para que la crea. Cuando nació su hija le regalaron una pulsera con una especie de amuleto y desde entonces nunca se lo quitó. Hasta que una vez lo perdió. Al día siguiente la niña, de pocos meses, "ya no se sabía si estaba viva o estaba muerta". La llevaron a varios médicos, ninguno sabía qué le pasaba, incluso uno pronosticó que la niña se iba a morir. Y de repente, una señora le hizo varias cruces en su cuerpo, rezó unas oraciones y la niña resucitó. "Eso fue una brujería, una brujería", me insiste Gloria.

El secreto de conservar esa gran vitalidad ha sido la fuerza de voluntad que tiene. A pesar de los dolores que tiene por la artrosis todas las tardes va a bailar a los centros para mayores. Cuando le diagnosticaron la enfermedad incurable no podía casi caminar y estaba drogada de tantos medicamentos. Sin embargo su curación vino por ella misma, por su gran fuerza de voluntad, "empezaba a bailar y al principio no podía pero luego después venía mucho mejor y más ágil". Nadie diría que Gloria tiene artrosis, si cuesta seguirla cuando anda. Es la prueba de la fuerza que tenemos sobre nosotros mismos. Es la prueba de la fuerza que tiene Gloria.

La actualidad no le gusta, llena de "desórdenes" y de "escándalos". La culpa, según ella, la tienen los padres actuales que no saben educar a sus hijos ni imponerles unas obligaciones por lo que los niños se acaban rebelando y haciendo lo que quieren. Una educación muy distinta a la que ella intentó inculcar a los suyos. Y está orgullosa de que sus nietas hayan recibido una buena educación y sean tan cariñosas y obedientes. Por otra parte, comprende que estamos en una época diferente y que afortunadamente a las mujeres ya no se las educa como antes. Antes, recalca, "la mujer tenía que aguantar todo". Por ello reconoce la suerte que ha tenido con su marido "que no ha sido un hombre egoísta, que se iba a los bares a jugar".

Es tremendamente respetuosa con los sentimientos de los demás y varias veces repite "respeto los gustos y las opiniones de cada uno" o "cada uno tiene derecho a hacer lo que quiera con su cuerpo". Demostrando que aunque la actualidad en muchos aspectos no le guste se ha sabido adaptar a los tiempos en los que vive de una forma asombrosa. Y es que da gusto hablar con alguien que sabe razonar, y que a pesar de no tener "cultura", como ella dice, es una persona muy inteligente.

Le cuesta dar algún consejo a los jóvenes "porque yo respeto los gustos de cada uno y que cada uno haga lo que quiera", vuelve a repetir. Pero finalmente se anima y dice "que lo que hagan lo hagan con su sudor y su dinero y no con el dinero de los demás y que no reclamen luego que les den un piso que tengamos que pagarlo entre todos". "Qué trabajen", resalta, "y si no que no reclamen". "Si no pueden tener tres hijos que no los tengan y que se conformen con uno". Y narra cómo ella renunció a tener varios hijos, conformándose solo con uno, para poder "criarlo en condiciones y darle una educación". Al final tuvo que tener otro hijo porque quedo muy mal del parto y le recomendaron para curarse tener a otro. Sabe que se puede salir adelante trabajando honradamente como han hecho todos los miembros de su familia. Y narra,



orgullosa, que su hijo trabaja como profesor de autoescuela y su hija en un centro comercial.

En una mañana Gloria y yo hemos charlado como si nos conociéramos de otra vida y puedo decir que he aprendido más escuchándola a ella, una persona "ignorante", como se califica, que yendo a algunas clases de la Facultad. Y me surge la duda de si cuando los jóvenes actuales tengamos la edad de Gloria tendremos su ánimo, su juventud, su bondad. Lo dudo, pero Gloria sería optimista.

Lo importante de la vida

"Siempre que tengas una ilusión, merece la pena vivir", así de contundente se muestra Gloria. Y lo dice una persona que ha vivido una época muy dura, en la que ni siquiera pudo estudiar, ni ser artista, su gran sueño. Para ella el secreto ha sido "no ser egoísta". Tampoco ha sido envidiosa, como algunas de sus vecinas en su pueblo que siempre estaban mirando lo que tenían los demás. Y muy enérgicamente, como si en ese mismo instante se haya acordado de muchas cosas del pueblo, relata que ella todo lo que tiene ha sido porque ha ahorrado mucho "mi marido después del trabajo venía y seguía trabajando en el campo, solo dormía tres horas y otros venían del trabajo y se iban al bar". Por eso se enfada con la gente que dice que todos tenemos que ser iguales, "¿cómo vamos a ser iguales?". "Qué ahorren como hice yo y si no que no se quejen de no tener una casa como la mía". Tampoco ve bien que den pisos y ayudas a personas que no trabajan y que se lo gastan todo en el bar.

Su creencia en Dios le ha ayudado a ser mejor persona "Yo siempre he creído en que hay Dios y en que tenemos que ser buenos". "Lo que no queremos para nosotros no lo debemos querer para nadie".

"He vivido en mucha pobreza y miseria pero siempre he sido feliz, siempre tenía alegría". Se siente orgullosa de todo lo que ha hecho porque siempre ha intentado ayudar a todos. Explica cómo daba de comer a gente que lo necesitaba del pueblo quedándose para ella solo con "unas patatas y una cebolla" o cómo ayudaba a su tío mudo. "Si pudiera", dice, "ayudaría a los viejecitos que viven solos haciéndoles las cosas". "Yo soy feliz ayudando a la gente", vuelve a repetir.

Reconforta ver a una mujer tan feliz, a pesar de todas las miserias que ha pasado. A pesar de dolores, enfermedades, y demás penurias, nunca ha perdido la ilusión por vivir. Siempre ha luchado, nunca se ha rendido. Ella misma, sin ni siquiera saberlo, que se califica de "ignorante", es una tremenda fuente de sabiduría. Con sus sencillas palabras logra transmitir una bondad, que actualmente cada vez brilla más por su ausencia. Ojala hubiera más personas como ella.